



lunes 6 de octubre de 2003

Opinión - Colaboraciones

Un nuevo actor sube al escenario

Por DARÍO VALCÁRCEL

BRASIL, India y Suráfrica tendrán una sola voz en el mundo para defender sus intereses comerciales y su política exterior. No decimos que haya que estar a favor o en contra. Decimos solo que un nuevo actor ha subido al escenario. Son 1250 millones de ciudadanos, y hablamos de ciudadanos porque Brasil, India y Suráfrica son tres democracias. Habrá que tener en cuenta las propuestas de este trío, quizá fuertemente unido.

La vuelta del verano trae novedades. El conflicto de Irak se complica. Bush rectifica de nuevo y gira hacia las Naciones Unidas. El sabio y pacífico Kofi Annan da una respuesta airada. La reforma de la ONU vuelve a la agenda internacional. Un embajador británico aclara, no sin humor: el problema no es la ONU, el problema es el mundo. Franceses y alemanes prefieren pactar en el Consejo de Seguridad si hay margen -no lo hubo el último invierno- para sus condiciones. Nuevo giro americano al anunciar una constitución iraquí dentro de seis meses. Inviabilidad del unilateralismo. Improvisaciones impropias de un país del primer mundo. Olor de derrota. Aparición de un posible candidato demócrata en caballo blanco, el general Wesley Clark. Bin Laden y Sadam siguen en paradero desconocido, lo cual es raro. George Soros financia una fundación para impedir la reelección de Bush...

En medio de todo esto colapsa en Cancún la Organización Mundial de Comercio, cuando trataba de conseguir nuevos avances después de Doha. De Cancún surge la nueva potencia (quizá potencia en potencia). La alianza de Brasil, India y Suráfrica no nace porque sí: se gestaba en reserva, gracias al acuerdo entre Cardoso, entonces presidente de Brasil, y Lula da Silva, que convencen al primer ministro indio, Atal Bihari Vajpayee: ambos negocian con Mandela, que logra el acuerdo de Mbeki. Suráfrica, 44 millones de habitantes, es la nación dominante del África negra. Brasil será el líder y Lula la personificación de ese liderazgo. Lula, moderado pero militante, empieza su mandato con gran prudencia. La prudencia política es lo contrario de la pusilanimidad.

Las tres democracias, americana, asiática y africana, parecen decididas a pelear por sus problemas, más que por los problemas ajenos. Irak es un pleito ajeno, de naciones ricas, en el que se mezcla el control territorial, la soberanía, el petróleo, el judaísmo, el islam, los negocios, la extrema derecha evangélica, el desacuerdo con la Unión Europea... Nada de esto tiene que ver con Brasil, India y Suráfrica. La nueva alianza, según sus declaraciones, nace con tres objetivos: (a) reformar las reglas de la OMC, ante todo en materia agraria y textil (b) denunciar el proteccionismo que impide la venta de medicamentos genéricos y (c) reformar el Consejo de Seguridad para tener una voz permanente en él.

La fuerza económica de los tres países no es grande (PIB acumulado de 1,3 billones de dólares frente a 9,9 de Estados Unidos y 9,8 de la UE, 7,6 en la zona euro) pero sí lo es su fuerza demográfica, a la que conviene añadir la inteligencia, clave difícil de cifrar. Al representar al G-22, el trío podrá apoyarse en China, Indonesia, México, Pakistán, Egipto...

Dos formidables máquinas de producir, Estados Unidos y la UE, impulsan hoy el comercio mundial. Dos máquinas arbitrarias que sin embargo están ahí. Esas máquinas se defienden: dicen que ayudan al Tercer Mundo, pero se protegen a sí mismas. Están gobernadas por hombres, no por ángeles y hacen jugadas sucias a los posibles competidores. En algunos casos el espectáculo puede repugnar cuando el hipócrita rubio del Norte con cara de bueno se ensaña con el pobre agricultor del Punjab, atado al palo. Pero tal es el panorama.

Dependemos del respeto a los contratos: si no se cumplen los pactos la selva dominará al mundo. Si se garantizan las normas de propiedad intelectual de la OMC no se podrá impedir que países como estos tres compren medicamentos genéricos a bajo precio. Del cumplimiento de este compromiso dependen muchas vidas, hoy terminadas a los 30 años, o menos, por la tuberculosis, la malaria, el sida. En estas áreas no hay avances, cree Ignasi Carreras, responsable de Intermón-Oxfam: «Los países del Norte gastan en dos semanas, en subvenciones agrarias, lo que cuesta un año de ayuda al desarrollo de África. Así producen excedentes ruinosos para los agricultores del Sur, a precios de dumping».

En este conflicto se cruza inevitablemente la relación entre comercio mundial y terrorismo. Un buen escritor americano, Thomas Friedman, judío y conservador, cree que los terroristas celebrarán el fracaso de Cancún. Los terrorismos, no hace falta insistir en este punto, no son iguales. Lo serían si redujésemos todo a la pura simplificación: todos los terrorismos matan. El hecho de que todos, sin excepción, sean perseguibles y condenables no nos exime de utilizar la inteligencia. Por el camino de la equiparación acabaríamos considerando terrorista a cualquier conductor borracho. Apenas hay relación entre un terrorista de ETA o de IRA y uno de Karachi o de Kabul. La suicida palestina del sábado, voladura de Haifa, ¿qué tiene que ver con el último helicóptero ruso derribado en Chechenia? Hay, sin embargo, un criterio común: el terrorismo más peligroso, basado no en el sabio y prudente islam sino en el fanatismo islámico, necesita el caldo de cultivo de la pobreza y la desigualdad. Sobre estas causas es necesario trabajar, además de perseguir y condenar.

En la medida en que los países ricos conceden generosas subvenciones a sus agricultores y a sus exportadores de algodón, esos productos alcanzan precios tan bajos que cultivador brasileño o indio no puede competir. La exportación de alimentos y textiles es su camino para crecer. Según el Banco Mundial, un acuerdo sobre subvenciones y aranceles agrarios en Cancún hubiera generado aumentos de medio billón de dólares en la renta mundial de 2015: el 60 por ciento hubiera ido a parar a países pobres y 144 millones de hombres y mujeres hubieran salido de la pobreza. Ser pobre, cree Friedman, no lleva al terrorismo: nadie mata para ganar más dinero. Pero la miseria produce humillación y migraciones masivas del campo a ciudades inhabitables. Si los campesinos paquistaníes pudieran mejorar poco a poco su renta individual aumentaría también su dignidad (aparte de comprar semillas norteamericanas

o frigoríficos europeos). Entretanto los saudíes siguen exportando más y más petróleo a América, donde los coches todoterreno vuelven a consumir cantidades ingentes de combustible, para mayor deterioro del medio ambiente. El campesino paquistaní en paro manda a sus hijos a la madrasa wahabí, que además de enseñar los secretos del Corán ofrece una comida caliente a mediodía. La formación que los saudíes-wahabíes dan a los niños les dota de una notable incapacidad para enfrentarse al mundo moderno, dice Friedman, al tiempo que les explica cómo todas sus desdichas vienen de Occidente. «Uno de los muchachos de la madrasa acude al banderín de enganche de Al Qaeda, y muere poco después en Afganistán a manos de las fuerzas especiales americanas. Y nosotros, en Estados Unidos, creemos que estamos a punto de ganar la guerra al terrorismo». Quizá acierte. Su colega William Pfaff, uno de los más penetrantes analistas americanos, llega a una conclusión: los terroristas más despiadados son aquellos que basan sus vidas en un exceso de fe, en una sobredosis de devoción.